



SIN NOSTALGIAS, SIN ERÓTICA, SIN DESPRECIO.
Algunos trazos sobre la Mujer Judía en la Colonización de Palestina y en el primer
Estado de Israel.

Por Ariel Schiller Stopek

“¡Ay, ¿dónde estarán aquellas muchachas
con el alto moño y el delantal?
Las del azadón en alto y el puñal en la cintura...
¿Por qué ya no se las ve más en nuestros tiempos?
No había por entonces las que se llamaban guapas,
¡...pero, *Ya jabibi*, sí que había mujeres...!”

(De una canción popular de los años 70 que cantaba Yehoram Gaón.- Archivos de Kol Israel)

Estas estrofas, que se me vinieron inmediatamente a la cabeza y las estuve tarareando varios días, deberían ser el motor inspirador de un artículo bajo el signo de “todo tiempo pasado fue mejor”, y en Israel parece que así lo fuera, por lo menos en lo que hace a la política.

Confieso que soy un antiguo padeciente del mal de la nostalgia, tal como la definirían los clásicos griegos: *nostos algos*, dolor por lo que está lejos; pero cuando este sentimiento me embarga, ahí es que no me dedico a escribir historia, me sumerjo en él como en una enfermedad jubilosa hasta que ésta pase (igual que una gripe con mucha fiebre donde se generan las mejores pesadillas), y luego salgo enriquecido pero no de más nostalgia sino de imágenes más vívidas, un mayor poder de empatía hacia los personajes tratados y un mayor conocimiento de una época y sus circunstancias, con algo que no te pueden dar los libros, ni los periódicos viejos ni los álbumes de familia.

Decía Goethe (y perdón por citarlo en alemán, idioma que hoy difícilmente chapurreo por el olvido y que también sería para mí objeto de nostalgias): “*Alles was Neher ist, werd so Feher*”, “Todo lo que me era cercano se está volviendo tan lejano...”

Y esto, que para un romántico como era Goethe suena a desgracia o a ceguera (lo cita Borges en una conferencia que dio sobre su propia ceguera elogiándola), es en realidad una bendición para los historiadores, pues implica el nacimiento de la memoria.

Es la memoria crítica, la que guarda perspectiva, distancia y proporciones; el buen historiador no ha de perder perspectivas, ni colores ni sabores. Por tanto la nostalgia, si no se vuelve crónica ni paralizante, puede ser una fuerza vivificante e inspiradora.

Hay que saber salir a tiempo y no sentirse propietario de los hechos, ni de los tiempos ni de las personas. Tenemos sólo el derecho a impresionarnos y a elaborar narrativas.

Y así volvemos a mi “humilde oficio” que es el de historiar, contar aquellas cosas que yo no viví, de mujeres que no pude haber amado y que sin embargo influyeron en mí.

Por tanto, en un tema tan extenso como el planteado yo sólo puedo trabajar con impresiones, algo de conocimiento, ya que es la época que fundamentalmente me ocupa, muchas narrativas que yo debo cotejar y poner en sus justas proporciones (labor fundamental de todo historiador, no hay ninguno que se precie de haber cogido la historia por el rabo y haberla guardado en un bolsillo), empatía por los personajes tratados, por su tiempo y sus circunstancias y por qué no, también con algo de nostalgia. Aunque más no sea por aquella canción que cantaba Yehoram Gaón cuando yo era joven y que ya hoy día nadie canta.

Las mujeres del Yshuv de lo que constituía Palestina-Eretz Israel abarcan una porción de tiempo no demasiado extensa pero sumamente dramática, el auge y caída de dos imperios poderosos a escala mundial: el Imperio Otomano hasta 1918 y el Imperio Británico de 1920 a 1948; pero sus hábitos, estilos y estereotipos prevalecieron hasta bien entrada la década de los 60 y más, con más de veinte años de existencia estatal independiente y con una sociedad cada vez más diversificada (por etnias, orígenes, captación religiosa, grupos políticos, clases sociales etc. Considero que lo más fácil es decir *Pueblo Judío*, o los *Hebreos*, o los *Israelíes*, pero con esto todavía no se dijo ni se resolvió nada).

Cuando hablamos de mujeres cuyos estilos y hábitos prevalecían o influían tampoco estamos hablando de toda la población femenina del Pueblo Judío, o de Europa Central y Oriental, o de aquella población que habitaba en el Yshuv (1920-1948), por cierto en forma bastante minoritaria y poco representativa con respecto a los varones.

¿Por qué decimos entonces que influían y marcaban estilo?

Evidentemente nos estamos refiriendo a una élite, pero esta definición lleva en sí una contradicción implícita, porque si bien nos señalan algunos sociólogos que en una élite los componentes se conocen entre sí, se diferencian del grupo y el grupo a su vez se diferencia de la masa (que es una invención o aportación del siglo XX, antes las masas no pintaban nada); las élites tendrían una meta prioritaria en común junto con metas a corto plazo, persiguen un mismo objetivo, logran cierto prestigio y luego gozan de cotas de poder, hasta que son reemplazadas por otras élites y caen en el olvido. Estas mujeres nuestras, las que “marcaron un estilo” e inspiraron aquella canción que pongo al principio (y que me inspiró a mí para este artículo), no se conocían entre sí, probablemente no habrían hecho buenas migas entre ellas de haberse conocido, jamás

llegaron al poder (exceptuando el caso de Golda Meir) y su prestigio venía dado por las hazañas, poemas y canciones que sobre ellas escribían los hombres.

Si los hombres eran sombras peregrinas de un proceso totalizador, las mujeres eran sombras de esas sombras. Pero allí estaban, nunca faltaban, y grandes poetas se dedicaron a inmortalizarlas.

Otra cosa que debe interesar a este breve estudio –ya que las revistas exigen brevedades– es el área geográfica de origen de estas “mujeres tipo” o las que “daban el tono” de toda una sociedad preestatal que hasta 1948 no contaba más que con 600.000 habitantes censados (por los ingleses), y luego su implantación geográfica en lo que se llamó el Yshuv de Eretz Israel-Palestina.

Sobre su implantación social y cultural nos ocuparemos con más extensión, precisamente por ser un sector de población minoritario.

Si decimos que por entonces, en que no existía la *corrección política* ni los *Estudios de Género* que hay en muchas facultades, no tenían voz propia, es porque no querían tenerla. No porque algún poder patriarcal las discriminara, como podría pasar entre los muros de la Ultraortodoxia religiosa o en las muy cercanas aldeas árabes, sino porque sería precisamente ofensivo para ellas considerarlas “las mujeres”, “las chicas”, “los intereses femeninos” y todo esto que hoy queda tan bien decir en ciertos círculos como cuota de entrada al “club de lo correcto”.

No se podía exaltar su belleza, ni su delicadeza, ni su femineidad (yo nunca supe en qué consiste, pero no me hagáis mucho caso, siempre fui un poco raro, con deciros que nunca en la vida he dicho un piropo), en cambio sí se cantaba y se escribía sobre estas cosas, desde Bialik en adelante, creándose en el Hebreo moderno una suerte de literatura trovadoresca con siete siglos de retraso, pero muy intensa y atrevida. Yo, lo máximo que llegué a hacer en mi juventud temprana y más hormonal que cerebral con chicas que me gustaban, presuntas novias que hoy podrían ser abuelas, era regalar pequeños libritos en papel fino y tapa dura con “los mejores poemas de amor” de Natán Alterman o Alexander Penn que a tal efecto tuvo a bien editar la editorial Kibutz Ha-Meujad, libros llenos de fallos editoriales y errores tipográficos pero que resumaban libido poética ¡¿quién se fija en las erratas?!.

Pero, ay, ninguno cantaba a la mujer real, ni a la vecina, ni a la compañera que tenía al lado, sino a la lejana, a la desconocida, la prohibida o la abstracta, por eso hablo yo de una poesía trovadoresca con retraso.

Si es Bialik, directamente cantaba a la *goy* (no judía) por la prohibición que conllevaba el asunto: “*Ke-mayim gnuvim / ke-yein starim...*” (“Como el agua que se roba / como el vino que se toma en secreto...”); y si son los ya mencionados Natán Alterman y Alexander Penn, empedernidos románticos que a la vez participaron en todas las luchas sociales de Israel, no se sabe si le cantaban a la propia “parienta” que se rindió a sus encantos, o a una imposible que aún estaba por venir o estaban homenajando a sus futuras víctimas, porque eran hombres difíciles, torturados y volubles con una fuerte dosis de sadomasoquismo.

Lo cierto es que la gente del Yshuv, entre vicisitudes y penurias y grandes esperanzas junto al hambre y la inseguridad cotidianas, eran sumamente románticos y hasta trasnochados con respecto a sus correligionarios de la Europa de entreguerras, que ya estaban probando la literatura “canalla” y un cierto gusto por lo cínico, como podrían ser Ferdinand Celine en Francia, George Bernard Shaw en Inglaterra y hasta un Isaac Bashevis Singer en la lengua Yidish.

El exceso de romántica trasnochada un poco para el gusto actual, que sólo se daba en el Yshuv de Eretz Israel-Palestina, se debía a que esto es en hebreo, luego no lo va a leer ni entender nadie mas que los pocos que aquí estamos, la ruptura con la tradición religiosa donde estos temas normalmente no se podían tratar, y básicamente por un hecho demográfico incontestable: había muchos hombres, pocas mujeres y muy solicitadas, y todos en edad de merecer.

Por esta misma tradición de ruptura con el pasado, con la religiosidad, con las costumbres burguesas de la “vieja Europa” que era sinónimo de Diáspora, de decadencia y de antisemitismo, la “*mujer tipo*” en el Yshuv no daba el “tipo de mujer” o lo que se espera de una mujer cuando es cortejada.

Aunque también tenían su corazoncito y surgieron grandes poetas, mujeres luchadoras, pioneras y trabajadoras (igual que hombres) que escribieron hermosos y desgarradores poemas de amores truncos y de insalvable soledad.

Tal es el caso de Rajel Bluvstein, pero escribían casi a escondidas y no para ser publicadas ni leídas por las masas, sino como un desahogo y siempre dedicadas a un amor frustrado e imposible, y no digo aquí nombres, pues muchos de los grandes padres de la construcción pionera y obrera de Eretz Israel podrían caerse del colchón (que ocupan con otra). Lástima que todos ya estén muertos.

Pero los y las artistas siempre fueron la excepción de toda regla y con ellos difícilmente se puede hacer una sociología, si entraran en una corriente muy generalista dejarían de ser artistas.

Aquí comienza la labor de los críticos literarios, que son los que tienen que estudiar la excepción, el impacto en su tiempo y en la actualidad, lo más perenne y no lo transitorio, y todo esto está reñido con las Ciencias Sociales aunque se pidan términos prestados.

La “*mujer tipo*” era activa en la construcción del Yshuv preestatal y no quería que se le adjudicaran señas diferenciadoras, que se las alabara ni cortejara en público y con grandilocuencia como podía haber hecho el Rey Salomón, posible poeta del Cantar de los Cantares, y que probablemente no daría mucho para estudiar en los actuales departamentos universitarios de Estudios de Género.

En pocas palabras: no colaboraba, no entraba en el juego del cortejo habitual en nuestras culturas, y de allí la literatura romántica y la necesidad de poetas (que no de prosistas), de cantar aquello que no se tenía y quizá ni existía.

Por supuesto igual se casaban y tenían hijos y llevaban alguna forma de vida familiar, porque si no, el Yshuv no se habría transformado en Mediná (Estado) ni nosotros estaríamos aquí para contarlo.

Pero lo prioritario era borrar signos diferenciadores, cuestiones de sexo y género (¡y cuidado con decir “sexo débil”, porque entonces el azadón y el puñal que la canción describe entrarían en actividad!).

Nada de la época y la sociedad en construcción –construcción casi transhumante- podía ser discriminatorio, ni aun en el sentido que se dice hoy de “discriminación positiva”, pues ésta sería un sabotaje a una fuerza de trabajo necesaria, y muy cerca estaban las aldeas árabes o los barrios y ciudades religiosas ultraortodoxas (Jerusalén, Safed etc.) donde la mujer seguía siendo mujer (madre y esposa).

Por lógica esto le quita romántica a la realidad y se genera entonces una romántica alternativa, porque el idioma y la literatura se siguen desarrollando y la sublimación es el primer ingrediente de la poesía.

Había parejas ¡claro que las había! Y quizá alguna que otra escena de amor sobre las parvas de heno, o en un granero, o bajo la sombra incipiente de unos naranjales recién plantados, pero no tanto como lo cantaban las canciones “jalutzianas” (pioneras), lo que hoy se llama “*Shirei Eretz Israel*” y que yo me canturreo en los momentos de mayor soledad.

Digo que, aunque fuera por el simple principio de mercado capitalista: la ley de cantidad sobre calidad y la ley de oferta y demanda, todo esto era escaso y la sociedad constructora y vanguardista se complacía en sí misma, en sus propios eslóganes y en sus proyectos políticos, a veces diversificados hasta el centímetro entre organizaciones “hermanas”.

Una manera o pretexto que tenía una chica (perdón, una compañera) de darle calabazas o rechazar a un pretendiente pesado era decirle: “Lo nuestro se realizará cuando culmine la lucha de clases del proletariado hebreo”, o “Nuestra autorrealización aún está lejana, mientras la patria no sea libre y manden aún los Ingleses”, o esta otra mucho más ofensiva, directamente paralizante: “Eres un buen muchacho y muy trabajador, pero conservas hábitos burgueses y diaspóricos”.

Para iniciar esto que se llama cortejo y ligue hay que estar en una etapa de madurez como para “salirse de sí mismo” (recordad la expresión del campo andaluz “está salido” o “está removido”), superar la barrera del narcisismo y mantener un *ego* abierto y predispuesto a la aventura de la diferencia (hablamos del amor heterosexual). Muy pocos de los constructores y pioneros del Yshuv estaban en condiciones de franquear esas barreras, porque todo el Yshuv, tanto en sus obreros y campesinos como en sus poetas (Shlonsky, Alterman, Sh. Shalom etc.) estaban presos de una expectación narcisista y parecían padecer de una eterna adolescencia o mito de Peter Pan (el muchacho que no quiso crecer), y esto sólo se acabó prácticamente con la Guerra de los Seis Días, donde de golpe y por la tremenda descubrimos que Moshé Dayán, Ygal Alón, Ben Gurión y Eshkol eran ya “los viejos”.

Otra cosa que facilitaría la “cultura burguesa” del ligue o cortejo –esto lo debo decir como sociólogo- habría sido la habitabilidad de alguna vivienda, su continuidad en ella, la permanencia más o menos prolongada de un mismo grupo en un mismo sitio y su sentimiento de formar una élite –con lo cual se realiza una endogamia vivida como

necesaria-, y todo esto no se consiguió mas que en el Kibutz, y cuando ya el Kibutz estaba estabilizado.

De ahí la leyenda, nunca cierta ni comprobada de que “en el kibutz pasa de todo” o “en el kibutz hay amor libre”. La des-sexualización de las relaciones era absoluta, había duchas y servicios comunes en barracones de madera porque a nadie se le ocurría importunar a nadie y no había dinero para construir lo que muy finamente se llama *toilette* o un simple servicio de “damas” y otro de “caballeros”.

Si alguna compañera quedaba embarazada lo ocultaba mientras podía para no ser retirada del trabajo, y si daba a luz se esforzaba para que sus “vacaciones por maternidad” no fueran muy prolongadas, pues no existían aún leyes sociales estipuladas y nadie quería que la maternidad o la crianza fueran confundidas con enfermedades. Especialmente femeninas.

A tal efecto, el niño o los niños recién destetados eran enviados al *Beit Yeladim* o comuna infantil que todo kibutz poseía (hasta hace unos 35 o 40 años) y eran criados por compañeras (*javerot*) expertas en Puericultura y Educación Infantil.

Por otra parte, no se fomentaban excesivamente las relaciones familiares (aunque al final hubo que transigir porque evidentemente ya había familias), pues éstas son luego, siguiendo fielmente las enseñanzas de Marx y Engels (*El origen de la propiedad, el estado y la familia*) el origen de todas las desgracias en las que finalmente “cayó” la sociedad estatal y ya normalizada constituyendo algo que podría ya definirse como pueblo, y no sólo como élite vanguardista.

En el Kibutz Ein Jarod, que era la primera *kvutzá gdolá* (grupo grande) con visos de estabilidad y futuro y donde vivía el fundador del movimiento, Itzjak Tabenkin, había un cartel en el comedor que decía impudicamente: “Se reparten preservativos en la Secretaría Económica”, y cuando a pesar de todo empezaron a nacer bebés, uno de ellos un hijo de Tabenkin llamado Ahuvia (buen poeta y también dirigente político hoy considerado “de derechas”), estalló una discusión en la Asamblea de los Javerim sobre si el presupuesto de la comuna, que era escaso, debía destinarse a la compra de cunas para bebés o a la compra de un tractor; Tabenkin, el fundador, abogó por las cunas y esto pesaba porque era un voto de calidad.

Pero todas estas cosas que hoy parecen traídas de otro planeta regían sólo para el Kibutz; no se daban entre *poalim* (obreros) en las grandes ciudades, con menos sentimientos de élite constructora pero muy conscientes de su futuro papel político en los siguientes cincuenta años como herederos de los *jalutzim* (Los pioneros y fundadores), estaban también más expuestos a relaciones abiertas, urbanamente formales, intercomunitarias e interpartidarias; y mucho menos se daban en ese experimento tan extraño como glorioso y de corta existencia que fue el *Gdud Avodá* (la Legión del Trabajo), que duró unos escasos cinco años pero fue responsable de la construcción de carreteras, infraestructuras y kibutzim. Y responsable de muchas tumbas a la vera del camino.

Pero, como dijimos con cierto humor, esto era población transhumante, igual que los pastores de la Mesta castellana que recorren toda España con sus ovejas y difícilmente tienen tiempo u oportunidad para emparejarse.

Vivían en paupérrimos campamentos transitorios, las condiciones sanitarias eran bajas o casi inexistentes, el dogmatismo y la disciplina interna eran muy fuertes (se creían una élite de la élite y consideraban a los kibutzim una solución burguesa para resolver problemas familiares y de propiedad), por tanto había muy pocas mujeres, ni las “mujeres tipo” daban el tipo, y las relaciones con el Yshuv organizado y con la *Histadrut* (la Central Sindical Obrera) eran muy tensas por esas mismas razones ideológicas, se discutía sobre a cuál más “rojo”, más utópico y más “constructivista”. Para empeorar las cosas, desde el Yshuv organizado no les salían trabajos porque los veían como “raros” y revoltosos, y sus únicos empleadores eran los Ingleses, el propio Mandato Británico que necesitaba de una fuerza disciplinada aunque dogmática para sus obras públicas.

Pero como pasa siempre, las condiciones las fija el empleador, a los obreros les quedaba el consuelo de sus consignas, sus utopías, los interminables bailes del “hora” por las noches con música de acordeón y mucho vodka, y como catarsis colectiva, salir el 1 de Mayo a Tel Aviv o a Haifa a manifestarse con la bandera roja y flamígeros eslóganes en Hebreo y en Ruso que hacían temblar tanto a la clase obrera normal de las ciudades como a los dirigentes de la *Histadrut*.

Las chicas que veían todo esto podrían entusiasmarse y unirse a su utopía por unas cuantas noches de amor (gente del *Gdud* como Itzjak Sadé o el poeta Alexander Penn repetían exitosamente la experiencia, muchos más que otros), pero en la práctica no tendrían ni dónde encontrarse y ninguna mujer en su sano juicio ingresaba en el *Gdud Avodá*.

No convenía ser mujer en el *Gdud Avodá*, por eso del comunismo absoluto y el compartir “todas las propiedades”, aparte si alguna se embarazaba y cometía el “mal gusto” de querer tener a su hijo, por supuesto que el empresario inglés (el propio Mandato a través de contratas y subcontratas) la iba a despedir de inmediato, por supuesto que paga de maternidad no existía y el patrón inglés solía ser más intransigente que el empleador judío.

Hay varias biografías trágicas de mujeres de la época (Hania Peckelman es sólo un ejemplo) que atestiguan sobre estas condiciones.

Ella concretamente (Hania) se suicidó tras una vida de vicisitudes y discriminaciones de género y dos violaciones (ya empezaba a haberlas, el país se estaba “normalizando” con rapidez) arrojándose desde el tejado del cine *Mograbi* de Tel Aviv, en 1948, ya con el estado independiente.

Hubo casos que cayeron en la prostitución y nunca llegaron a formar familia después de su paso por el *Gdud Avodá* en los años 20, y otras se fueron a proseguir la utopía de “un mundo mejor” en la Rusia Soviética de Stalin, de éstas no quedaron ni las huellas pero se sabe que crearon una colonia de hombres y mujeres de Palestina en el centro de Siberia, que insistían en hablar Hebreo y publicar un periódico...¡en Esperanto! titulado *Vía Nova*.

Entonces ¿quiénes y cómo se “ligaba” y se emparentaban y formaban familias los hombres y mujeres del Yshuv? (que es como decir cómo llegamos hasta aquí, qué estamos haciendo y cómo logramos globalizarnos tan rápido).

Y lo que prometimos al principio y nos parece fundamental:

¿Cómo era la *mujer tipo* del Yshuv, la que decíamos que no daba el *tipo de mujer* en cánones europeos modernos?

◆ Debemos entender antes que nada el área geográfica de donde provenían, su extracción social y sus raíces culturales.

◆ Luego su interrelación con las demás mujeres que ya existían en el Yshuv de Eretz Israel-Palestina hasta 1948, sabiendo que estas mujeres eran la mayoría, eran “normales” en su autopercepción como mujeres y en cómo percibían a las demás, y a la vez estas mujeres normales y mayoritarias estaban muy diferenciadas entre sí, no todas eran lo mismo, ni eran la masa oscura, ni la masa pasiva, menos aún la masa crítica ni tampoco grupos de doncellas evanescentes. Precisamente porque eran las “mujeres normales” o el tanto por cien femenino de la población hebrea del Yshuv, y siempre en minoría con respecto a los hombres.

◆ ¿Se proponía la “mujer tipo” realmente crear estilos, hábitos o enseñanzas “de género”? ¿Querían ser una élite diferenciada y diferenciadora que abre camino? ¿Llegaron alguna vez a algún liderazgo real?

◆ La última pregunta que debemos hacernos es sobre su relación hacia el otro género, la erótica, la sexualidad, la maternidad y la familia en general.

Resolviendo estas preguntas podemos entender algunas cuestiones psicológicas del nivel conductual más profundo que afectó y aún afecta a la primera generación nacida en el Estado y un poco antes, lo que se llama los *tzabarim* (lit. higos chumbos, duros y espinosos por fuera, blandos y dulces por dentro) y tantos y tantos tópicos y estereotipos que se dicen y se escribieron sobre la conducta especialmente amorosa y militar de los israelíes (yo creo que desde el libro *Éxodo* de León Uris en adelante, porque las novelas de Moshé Shamir o de Ygal Mossinsohn dudo que se conozcan en el seno de la judería mundial o en academias literarias).

Podremos también entender el porqué de la poesía romántica en Hebreo, que no guarda ninguna relación con la prosa realista, lineal y heroica de los años 40 y 50 (muy parecida a la soviética) y qué canciones y baladas sobre mujeres luchadoras y enamoradas acompañaron la cultura del Palmaj y la Guerra de la Independencia de 1948.

Yo todavía me las canto para mí mismo arruinando la voz y la musicalidad de Shoshana Damari, los versos de Alterman o de Jaím Jéfer, la música de Moshé Wilensky, Nahum Nardi o Guil Aldema; habría dado un riñón por conocerlas: Shoshana, Bat Sheva, Ruti, Shimona la de Dimona, etc. etc., pero me temo que nunca existieron, aunque mi amigo Jaím Guri, poeta e investigador de la época, sostiene que sí y que él conoció y se entrevistó con la mayoría de ellas.

Analizándolas a veces con cierta ironía pero sin crueldad, más bien con algo de nostalgia como en la canción de Yehoram Gaón que ya pasó de moda, lo que queremos es entenderlas y hacerles un sentido homenaje.

Pero tampoco hay que asombrarse si los poetas de la época, cuando escribían poesía que llamé trovadoresca, algunas llenas de un amor mórbido o de atrevido contenido erótico, le estaban cantando a *la patria* y utilizaban atributos de la mujer, para que la patria fuera a la vez ese oscuro objeto de deseo. El más difícil de obtener.

Decíamos que la sublimación es el primer sustrato de la poesía.

Lo que llamamos la “mujer tipo” o la que se toma como modelo y se las señala como madres fundadoras del Yshuv y que vieron realizados parte de sus sueños con la creación del Estado de Israel en 1948 (sólo una parte, de realizarse todos no habría literatura, ni drama ni personajes), reúnen unas cuantas características señalizables, específicas sólo a la colonización sionista hebrea de Eretz Israel-Palestina.

Por supuesto no tienen nada que ver con las mujeres que hoy día actúan en la política de Israel, o en su literatura o en su vida cultural y académica, o en el mundo de la moda, el cine y la televisión.

Éstas últimas no están por “méritos fundacionales” ni por razones de género (discriminación positiva o reparadora), no son “mujeres tipo” y no se representan más que a sí mismas o al papel social y artístico que tienen que representar, supongo que esto pasa en casi todo lo que llamamos Mundo Desarrollado o Primer Mundo, y se debe a un simple proceso de movilidad social de una sociedad normalizada, amén de sus talentos personales.

Veamos pues y muy en breve estas características:

♦ Se circunscriben a los años 1920-1950, treinta años de la historia de Europa Central y Oriental y de Eretz Israel y el Oriente Medio que dan para mucho, quizá los más dramáticos de la historia judía.

Se desmembra el Imperio Turco y nace la Turquía moderna laica, según el modelo de su fundador Kemal Atatürk, esto toca de lleno al Yshuv de Eretz Israel-Palestina y a todo el Mundo Árabe (1922), y adviene el Imperio Británico con algunos enclaves franceses (como Siria y Líbano). Esta entrada en la región de los nuevos imperialismos de Occidente, aparte de sus nefastas consecuencias políticas que van a estallar veinte años después en toda la región (no sólo en Israel) tiene importantes consecuencias culturales de avance, de “europeización” (palabra que haría carraspear a Edward Saïd pero que fue una realidad muy concreta y tangible), y esto también influye indirectamente sobre las mujeres, en Israel, en Líbano y en Egipto mucho más que en el resto del Mundo Árabe, donde el Islam era más fuerte que la modernidad.

En el Yshuv por ejemplo, que tenía muy pocas “nativas” y era una población aluvional migratoria voluntaria y fuertemente ideológica, las mujeres cobran mayor protagonismo “a la occidental” (mucho más que en los puritanos Estados Unidos), y la que era una “señorita de buena familia” antes de llegar a las costas de Yaffo, puede volver a serlo simplemente con hacerse empleada en la administración británica, escuchar un concierto que dan los ingleses o asistir a conferencias que se dan en la Universidad Hebrea creada en 1924 y que estaban abiertas al gran público. Había que estar cualificadas para todo ello.

Muchos vestidos finos de la Diáspora salen entonces de los arcones y baúles.

Esto en cuanto a las grandes ciudades donde ya existía una burguesía urbana concientizada que sólo deseaba expresarse: Jerusalén, Tel Aviv y Haifa.

Distinta fue la actitud o el destino en comunidades rurales cooperativas y comunitarias (que van desde los primeros kibutzim hasta el ya mencionado y trágico *Gdud Avodá*), allí la ideología y un fuerte dogmatismo del grupo, ejercido tanto por hombres como por mujeres (pues no estaban discriminadas y eran pocas) tenían por misión paliar la escasez, la lejanía de todo centro civilizado y la frágil seguridad siempre amenazada por ataques árabes.

Muchos de los niños recién nacidos morían de malaria y otras enfermedades endémicas que habrían sido fácilmente curables en la ciudad.

Todo esto le quita fuerza a la libido natural que tenía gente joven que compartía el escaso pan y las malas condiciones en nombre de “una causa superior”, y se dieron hasta algunos casos de poligamia y poliandria, tolerados simplemente para asegurarse la reproducción y la continuidad.

En el medio rural comunitario había no obstante una clara diferencia entre las mujeres de *moshavim* (aldeas cooperativas de propiedad privada) y *moshavot* (simplemente aldeas de los colonos de la I Aliyá y protegidos hasta unos años antes por el Barón Rothchild) frente a las mujeres de los *kibutzim* a pocos kilómetros de distancia unos de otros, éstas eran llamadas despectivamente por las primeras “proletarias” por su forma de vida comunitaria, y eran sospechosas de “*mufkarut*” (promiscuas), pues hasta muy tarde, casi hasta los años 60, no existieron matrimonios formales con *jupá* (palio) y Rabino ni constaban en el registro Civil de ninguna ciudad cercana, mientras que las mujeres de las *moshavot* eran las aguerridas matriarcas “del azadón en alto, el puñal, el moño y el delantal”, de ellas salió la primera organización defensiva “*Hashomer*” (El Guardián) que recorría a caballo los campos del Valle de Yzreel y los naranjales del Sharón; generacionalmente éstas serían las madres (¡no todas, que madre hay una sola!) de hombres como Moshé Dayán, Ygal Alón o Itzjak Rabin, la primera generación de *tzabarim* propiamente dichos y también llamada Generación del Palmaj. Los de la Guerra de Independencia de 1948.

De estas mujeres una figura o dos dignas de recordar eran Rajel Yanaít Ben Tzwí (la inseparable mujer del segundo Presidente de Israel, Itzjak Ben Tzwí) y Mania Shojat, la compañera de Israel Shojat, ambos activos en la primera autodefensa del Yshuv después incorporados a la Haganá (la milicia pre-estatal).

Pero frente a ellas, las del establecimiento agrícola independiente, la gente de los kibutzim eran considerados “vagos”, utopistas, parásitos de la Histadrut y luego de “todo el Pueblo Judío”, y sobre todo promiscuos y amorales.

La corta distancia que había entre un kibutz y un moshav en el Emek Yzreel era a veces insalvable y era muy difícil ver formalizar un matrimonio entre un “campesino hebreo” y una “proletaria”.

Todo esto sucedía mientras que en las ciudades las mujeres sacaban de sus baúles vestidos de seda a tono con sombrillas blancas y asistían a conciertos que los ingleses presentaban en el YMCA o en el palacio del Alto Comisionado Británico en el barrio de Talpyot.

Muchas salían por primera vez en muchos años de vacaciones a las montañas con nieve en Líbano o a los balnearios de Alejandría, pero el Yshuv en bloque seguía siendo “del Movimiento Obrero” y produciendo “mujeres tipo” que llegarían después a los primeros años de los gobiernos laboristas.

Por eso decimos que lo que se llama la “mujer tipo” no daba el tipo de la mujer que existía comúnmente en la primera sociedad hebrea del Yshuv, que ya se iba pareciendo más y más a un pueblo normal.

♦ El área geográfica de donde provenían estas mujeres, igual que los hombres en mayor cantidad por razones obvias, todos pertenecientes a la primera, segunda y tercera Alyá Jalutziana (olas migratorias pioneras o vanguardistas), no era demasiado extensa y muy fácil de ubicar en el mapa de Europa de entreguerras.

Téngase en cuenta que a Israel venía una minoría del gran aluvión migratorio judío que salió desde Europa al Nuevo Mundo desde fines del siglo 19 hasta vísperas de la II Guerra Mundial.

Por tanto ya se está hablando de “gente rara” que iba por su propia voluntad y por motivos ideológicos a un lugar desconocido (aunque muy soñado y cantado) y de una cultura totalmente diferente de la que conocían.

Para el ideario sionista en general Eretz Israel era una *tabula rasa* deshabitada y sin conciencia ni condiciones de mercado previas (Borojov), donde podía tener lugar todo tipo de experimentos sociales, económicos y culturales.

Los lugares de donde provenían eran el Imperio Zarista; después de 1905 ya había una conciencia revolucionaria socialista de cambio que a los judíos afectó más que a nadie, ya como actores, ya como víctimas. Polonia y las zonas de Galitzia y Ucrania más algunos de los futuros países Bálticos, con gobiernos y sociedades fuertemente antisemitas y pautas de vida entre aristocráticas y burguesas, sin un mercado real que cubriera estas aspiraciones. Se puede decir que hasta el día de hoy el nacionalismo polaco supervive en un permanente estado de *disonancia cognitiva* que se dría en Psicología Social, vicio que también se heredó en la política israelí.

De Europa Central los mayores centros migratorios fueron Alemania y Hungría, que provenían de un medio liberal-burgués, de un judaísmo asimilado al medio y que hasta vísperas del ascenso de Hitler tenían otras opciones a pesar del antisemitismo soterrado que estallaría años después con criminal virulencia.

Por tanto, los *olim* (inmigrantes) de estos países eran “raros entre los raros” y siguieron siendo “raros” en la sociedad del Yshuv hebreo.

Los alemanes, que no afluyeron en masa hasta 1933 con el ascenso de Hitler (5ª Alyá) venían con formación académica reglada y profesiones liberales que querían ejercer de la misma manera en Eretz Israel, lo cual también les creaba a ellos otra *disonancia*

cognitiva y una gran extrañeza no lejana a la burla por parte del yshuv establecido –de carácter y folclore “proletarios-.

Parte de estos judíos alemanes y austríacos fue absorbida por la Universidad y el mundo de las ciencias y de la libre empresa, algunos crearon nuevos departamentos universitarios, no prosperaron demasiado en la política, dirigida mayoritariamente por adustos pioneros de origen ruso y polaco, y algunos otros no superaron su extrañamiento al medio, como el caso de la delicada poetisa Elsa Lasker-Schiller, que arrastraba su rareza por las calles de Jerusalén y no escribió en su vida un solo poema en Hebreo. Su lirismo se entendió sólo años después gracias a un muchacho alemán de Jerusalén mucho más joven, que era el poeta Yehuda Amijai.

♦ Con orígenes tan diversos y a la vez tan cercanos geográficamente, ya podemos entender algo de la primera sociedad cívica israelí de los primeros años del Estado y la fragmentación de sus partidos, a veces por simple procedencia étnica; esto desmiente la idea tan cara al moderno antisemitismo (sí ¡hasta de la Nueva Izquierda!) de que Israel es fruto de una conspiración judía mundial para crear un “estado-cuartel” o un “estado-sinagoga” (según se mire) que lo único que debería hacer es recoger refugiados judíos del mundo, frenar el expansionismo y el nacionalismo árabe y, como mucho, blanquear capitales que ¿qué duda cabe? también deberían ser judíos.

Una simple mirada, no ya de un sociólogo sino de un avezado turista en la sociedad hebrea entre 1930 y 1950, serviría para desmentir esos mitos y otros peores difundidos interesadamente por el Foreign Office Británico: que la colonización hebrea se hizo para desalojar a los Árabes Palestinos ¡de un estado que tenían ya constituido...!

♦ Debemos volver por razones de tiempo y espacio a las “mujeres tipo” que también podrían ser consideradas las pioneras o las “madres fundadoras” del yshuv hebreo, y que luego muy pocas de ellas realizaron su femineidad o su propio ideal de ser mujeres como una manera de ser y estar en el mundo: formar una familia, tener una vida “normal”, no anteponer siempre una “causa superior” a cualquiera de sus anhelos, etc. Ya hablamos de los poemas de Rajel y su desgarradora sensación de soledad. Poemas que se cantan hasta hoy, porque la sociedad aparentemente se “normalizó” pero la soledad continúa.

A todo esto ¿cuál era su formación cultural? ¿Con qué background contaba? ¿Cuáles sus perspectivas de construir un buen presente y algún atisbo de normalizarse en algún futuro? ¿En qué pesaba tanto la ideología, más que sus propias aspiraciones personales? ¿No sería el discurso ideológico una forma de cubrir frustraciones y carencias de “mujer normal” mientras la mayoría silenciosa de población femenina ni se planteaba estas preguntas sobre la normalidad?

♦ Estas mujeres provenían de hogares judíos ashkenazim de los ya mencionados países europeos y eran de una burguesía media y alta (en el caso de Alemania y Hungría), las realmente proletarizadas en Polonia o en la Rusia aún zarista se hacían del BUND, mantenían el Ydish y valores obreristas que para ellas eran naturales y no autoimpuestos, y otras ingresaban en los Partidos Comunistas de la época y manifestaban un ferviente antisionismo (se considera al Sionismo como una utopía pequeño burguesa que distraía a la juventud judía de su meta primordial que era traer la redención al mundo, a la clase obrera y vencer el antisemitismo).

Muchas cursaron estudios primarios y medios en colegios tanto estatales nacionales como judíos; a veces, como en Alemania o la red de escuelas *Tarbut* en Polonia, eran escuelas integradas de alto standing donde se mezclaban en distintas horas del día los programas nacionales (de Alemania o Polonia) con los valores judíos y hasta sionistas, todo eso en un tono muy light y poco comprometido, pues ni los profesores ni los alumnos eran ya religiosos y querían pasar por buenos ciudadanos de sus países.

Cuando por la mañana se canta el himno de Polonia y se estudian los discursos del héroe, Mariscal Pilsudsky ¡hasta en hebreo! y por la tarde se sueña con Sión y con una vida nueva y el hombre nuevo como ideal, también con la pobreza y el trabajo manual y físico, eso conlleva otra disonancia cognitiva que se va a hacer notar entre las mujeres del Yshuv.

De ahí el número de suicidios entre las *jalutzot* (pioneras), los fracasos matrimoniales y familiares y que, a partir de los años 20 hasta el abierto conflicto armado con el Imperio Británico en los años 40, los ingleses fueran vistos individualmente, no como imperio ocupante sino como representantes de la vieja Europa, y para ellos se lucían los vestidos conservados en el arcón.

Pocas llegaban con una carrera universitaria reglada y una profesión que pudieran ejercer en el nuevo país, Eretz Israel-Palestina.

Hay unas razones para ello:

1) El mito de la productivización del Pueblo Judío, tan caro a todas las ramas del Sionismo Obrero que fue el que realmente construyó el país, no veía con buenos ojos a jóvenes judíos entregados al intelecto y a una carrera “parásita” que los devolviera a las peores pautas de la vida burguesa judía asimilada, o lo que es peor, al eterno estudiante judío de las Academias Talmúdicas y Rabínicas, a quien se lo veía como el causante de todos los males y anomalías que sufría el pueblo al que pretendían liberar.

Por aquellos tiempos en Europa, y hasta hace pocas décadas en los kibutzim, términos como “hacer carrera” o “talmudista” (por discuditor y enmarañado) eran verdaderos insultos descalificadotes.

2) La existencia, ya entonces, de una poderosa cultura sintética y una erudición independiente en varios idiomas bastaban y sobraban para constituir aquella élite vanguardista y constructora que Berl Katzenelson llamó “*intelligentzia obrera*” y que debía ser la cultura predominante en el país.

3) No se puede ignorar la existencia de *numerus clausus* que excluía y limitaba la presencia de estudiantes judíos en las universidades de esos países de Europa (Europa del Este mayoritariamente), y mucho más de las mujeres.

La mujer estaba discriminada doblemente: por mujer y por judía.

Frente a la reticencia y abierta mala voluntad de las autoridades académicas de las universidades de Europa del Este, las futuras pioneras respondían con un encogimiento de hombros y decían: “...para la falta que me hacen...”, o con un “ahí te quedas”, y ésa

iba a ser después la cultura predominante que marcó en el Yshuv a varias generaciones de *tzabarim* (nativos).

4) Lo malo es que ese desdén se reflejaba también en la relación con los propios padres, con la familia, la tradición y fundamentalmente con cualquier manifestación religiosa exterior. Los puentes con el pasado y con Europa se empezaron a reconstruir recién después del Holocausto con una mezcla de culpa, sobrevaloración y mucho de nostalgia, pero ya fallaba el pilar del otro lado por una simple y terrible eliminación física. Cuando se pensaba en el judaísmo que quedó en Europa, ya no había con quién hablar, sólo recordar.

5) El último factor que deterioró lo que llamaríamos una cultura reglada o formación profesional y académica o “hacer carrera”, era la existencia esencial de los Movimientos Juveniles Sionistas Obreros y la existencia de *Hajsharot*, o granjas de capacitación agrícola y autodefensa a pocos kilómetros de las grandes capitales europeas.

En la etapa de transición y preparación previa a la *Alyá* o emigración a Israel el Movimiento juvenil rellenaba todos los resquicios espirituales y existenciales de esta juventud inquieta y entregada a la “causa superior”, era como una religión laica que debía despejar todas las dudas.

La “*Hajshará*” donde pasaban meses, hasta unos días antes de subir al barco, con unos días de permiso para despedirse de la familia, los agotaba físicamente y les permitía hacerse la idea de un mundo nuevo y hasta hablar en Hebreo; los textos que se estudiaban en cursos intensivos eran de Berl Katzenelson, Tabenkin, A.D. Gordon o el malogrado escritor Yosef Jaím Brenner, y eran más importantes que cualquier lección magistral de una universidad, y el saber ordeñar una vaca –aunque fuese polaca- tenía más valor que llegar con una carrera universitaria.

◆ Un último punto que habíamos prometido a lo largo de este trabajo y sobre el que nos debemos detener aunque sea someramente es la autopercepción de estas “mujeres tipo”, su relación con las mujeres judías ya existentes en el Yshuv hebreo (o sea, la inmensa mayoría de la población femenina “normal” que ya de por sí era diversificada) y su relación hacia los hombres, el eros (a esa edad es importante) y la familia.

Estas mujeres tipo (madres fundadoras de la conciencia nacional que duró prácticamente hasta el *mahapaj* o “cambio” producido por el ascenso de Menajem Beguin y el LIKUD en 1977) no se engañaban con respecto a su estatus real en la sociedad hebrea en formación.

Ellas no estaban por el poder ni capitaneaban ningún grupo ni *lobby* de presión social, por entonces nadie hablaba de la “cuota femenina” ni de “discriminación positiva” tan en boga en nuestros tiempos, y tampoco ninguna mujer se dejaría elegir para un cargo sólo por ser mujer.

En cambio se miraba con lupa la ubicación o desviación ideológica, todos era *javerim* y *javerot* (compañeron y compañeras), y en el lenguaje de los partidos obreros y la Histadrut se decía escuetamente “*anashim shelanu*” (“nuestra gente”) sin distinguir el sexo.

Puede suponerse que habría muchas más mujeres en el Yshuv (¡menos mal!) que eran madres de familia, esposas, laicas, religiosas y hasta ultraortodoxas de toda la vida (como la poetisa Zelda, a la que se descubrió recién en los años 70 y que tenía lo que decir y lo que escribir sobre la vida religiosa en barrios cerrados de Jerusalén), había empleadas, maestras de escuela y algunas profesoras universitarias, pero todas estas no marcaban las pautas ni daban el tono de la sociedad en formación. Simplemente llevaban su vida como buenamente podían (y la vida era muy difícil por entonces, recordemos 1930-1950, en el antes y el después de la creación del Estado de Israel).

Militaban, sobrevivían o simplemente discurrían en esa cosa tan cambiante y difícil de definir a la que llamamos “*normalidad*” que desprecian los historiadores y da de comer a los sociólogos.

Su mundo se puede sintetizar en los versos de la poetisa Rajel Bluvstein. Tanto la poesía como la figura de Rajel son hoy paradigmáticos y a la vez trágicos, porque Rajel aspiraba a otra cosa, sin embargo su destino y su tiempo la obligaron a ser “mujer tipo” muy a su pesar, y a ser estudiada en los colegios y recitada en los Movimientos Juveniles. Estos versos lo dicen todo:

“...Sólo supe contar de mí misma / mi mundo es pequeño como el mundo de una hormiga...”

Pero éste evidentemente no era el mundo de Rajel ¿estaría hablando de las otras mujeres? ¿Las envidiaba tal vez? ¿Lloraba su destino de “famosa” o “heroica”, o pretendía aleccionar a alguien?

Las “mujeres tipo” sabían que eran una minoría, les gustaba serlo; ejemplarizaban con su conducta, ayudaban a las demás en los frecuentes casos de necesidad, y había muchos: la llegada de los supervivientes del Holocausto europeo, los inmigrantes forzosos de las Comunidades Orientales y del Norte de África, la existencia mísera pero inevitable de las *maabarot* o campamentos transitorios de inmigrantes que no había dónde alojar; la transición duró varias décadas, hasta bien entrados los años 60, y aún siguen bolsas de pobreza en las ciudades en desarrollo de la periferia.

Estoy pensando en Rajel Yanaít Ben Tzwí con sus granjas modelo dentro del municipio de Jerusalén, donde se capacitaba a niños de hogares pobres y a mujeres sin oficio ni preparación alguna para una vida agrícola productiva, en Henrietta Szold y su empresa “*Alyat ha-Noar*” (Inmigración Juvenil), encargada del rescate de niños durante el Holocausto en Europa y años después con niños de todas las comunidades hasta su profesionalización y su ubicación definitiva en el mercado laboral, y pienso también en Rivka Guber, la llamada “Madre de los hijos” (*Em ha-banim*) porque tres de sus hijos cayeron en la Guerra de la Independencia de 1948, pero no sólo por eso, sino porque fue la mayor activista en la colonización de la zona del Lajish y el asentamiento agrario de familias de comunidades orientales muy cerca ya de la conflictiva Franja de Gaza (entonces en poder egipcio).

Rivka Guber acabó suicidándose en una lujosa residencia geriátrica en Ramat Aviv agobiada por sus propios recuerdos, en los años 80.

Nadie pensaba concederles a ellas un Premio Príncipe de Asturias, por ejemplo, y si se les concediera un premio local a su vejez ellas ni siquiera sabrían por qué, simplemente

estaban cumpliendo una misión para la que estaban preparadas ¿quién otro lo haría si no?

Y eso del “quién otra sino yo o nosotras” creaba una barrera con el resto de población y hacia la idea de vivir de una carrera política mientras los hombres ya la hacían y prosperaban, como quien va a por una herencia natural.

Involuntariamente se fue creando una élite política, social y cultural que servía para ejemplarizar, estudiar sobre ella, pero no para seguir, pues ni se sabía dónde estaban ni cómo se podía llegar a ser como ellas; y esto tuvo su alto precio para ellas más que nada: un precio en cuanto a vida personal, familiar, amorosa y también política, pues las mujeres “normales” (la población femenina variopinta de la sociedad estatalizada y ya sedimentada) a la hora de votar, en los años 70 y 80, votaban LIKUD y a la derecha (Begin, Shamir, Netanyahu, que encima es guapo)

La derecha nunca se cimentó sobre élites vanguardistas, obreras y constructoras, pues creía que todo el Pueblo Judío es una gran élite con potencial todavía oculto, y en cuanto a las mujeres hebreas no tienen más que recuperar sus “roles naturales” y fundamentalmente su sexualidad.

Aun los mayores próceres en vida se cansan de estar sobre una peana de santo, más si esto no conlleva ninguna ganancia, y para estas “mujeres tipo” del Yshuv la vida perdió su sentido “vanguardista” y pasaron a ser una silenciosa retaguardia de la historia. Generalmente a residencias geriátricas o lo que es peor, psiquiátricas

♦ La relación con el eros, con el otro sexo, la propia sexualidad y la familia “normal” o celular por supuesto que existían, pero no con los hipervalorados colores y descripciones que pudieran tener un siglo antes, con el auge de la novela romántica burguesa del s. XIX. Tanto el Joven Werther de Goethe, como Madame Bovary, como nuestra muy española Ana Ozores, la *Regenta*, de Leopoldo Alas Clarín, tendrían lo que responder en un juicio psicológico-histórico sobre nuestra propia historia, sobre nuestras represiones y frustraciones. Como tal tribunal no existe y es muy difícil que algún día se constituya, lejos de culparlas a ellas o a sus autores, les agradecemos deliciosas horas de lectura y sentimiento.

También estaban lejos a años luz estas mujeres tipo del Yshuv de los personajes femeninos de las novelas actuales y los culebrones televisivos.

Yo ahora, que vivo en un país “normal” (lo de normal es un decir), en un barrio normal de Jerusalén y rodeado de vecinas y mujeres normales (ninguna es una intelectual, ni una heroína, la mayoría son votantes del LIKUD o de partidos religiosos, lo que Begin llamaría demagógicamente en sus discursos “mis hermanas, pueblo de Israel”) puedo constatar el tirón que tienen las telenovelas venezolanas y mexicanas que un canal de pago de la televisión israelí transmite en Castellano las 24 horas del día.

Hablamos de hipervaloración de estos valores tanto en la premodernidad como en la postmodernidad, pues todos los personajes son ficticios y las situaciones poco creditibles. Pero ¿quién se atreve a aconsejar sobre estas cosas al alma humana?

Las mujeres tipo a las que dedicamos tantas páginas (nunca las suficientes) no eran ficticias aunque eran patéticas porque la época también lo era, eran pocas y querían serlo, a menudo sobreactuaban, la demanda era mayor que la oferta, los hombres jóvenes eran muchos y las mujeres pocas en general, contando con que a las de otra ideología o a las “del montón” ni las miraban (por eso las “del montón” se casaban antes y terminaban sus días más holgadamente como felices abuelitas que recordaban días terribles), y cuando la “causa superior” entra en la vida cotidiana, también en la amorosa, el resultado es una gran soledad que ya plasmó en sus poemas Rajel.

Entre la prohibición no escrita de formar familia que existía en algunos grupos comunitarios de los años 20, o que un enamoramiento demasiado “serio”, demasiado romántico, podría distraerlas de la meta final que es la “redención de la tierra”, la productivización y la “liberación de todo el pueblo judío” (¡casi nada! ¡más que Moisés incluso!), la parte del eros y la vida familiar pasaban a un oneroso segundo plano.

El sexo, cuando lo había, era gris, casi furtivo y carente de toda hipérbole, era casi biológico, muchas veces por meros fines reproductivos.

No es de extrañar que los hijos de estos matrimonios, que fueron la primera generación de “*tzabarim*” o la llamada *Dor ha-Palmaj* (Generación del Palmaj), gente como Moshé Dayán, Ygal Alón, Itzjak Rabin y muchos más, no tuvieran matrimonios muy felices, y sus contemporáneos “poetas del Palmaj” les cantaran a mujeres soñadas y románticas en un intento de darle la vuelta al círculo, también a la historia.

Son las Ruty, Shoshana, Bat Sheva, Aya, que yo hubiera dado un riñón por conocer (tanto como historiador como amante del folclore hebreo, o simplemente como hombre), pero como decía antes, me temo que no existieron. Todo fue una proyección o una calentura.

Es bueno que terminemos este estudio que, aunque parezca que es extenso, creo que es breve y comporta injusticias, olvidos y generalizaciones con respecto a las mujeres del Yshuv o madres fundadoras de la conciencia nacional (como todo estudio panorámico) con tres anécdotas que no por jocosas son menos reales, una la viví yo personalmente, y que señalan el paso de las modas y las generaciones.

a) En los años 50 y en adelante se hacían en barracones miserables de las *maabarot* (campamentos transitorios de nuevos inmigrantes) miles de familias de origen oriental y nordafricano en condiciones de extrema pobreza. Un personaje arquetípico de la época y la situación era Salaj Shabati, que aunque era ficticio bien podría representar a gran parte de la población que allí malvivía.

Este personaje nació de la pluma satírica y humorística de Efraím Kishón y fue llevado al cine por el actor y director Jaím Topol, y tiene la riqueza agridulce de un personaje de Shalom Aleijem o de Méndele (pero en versión marroquí).

Salaj Shabati tenía una hija bonita y en edad de merecer llamada Jabuba, los kibutzim de la zona ofrecían trabajo y ayudas de todo tipo a la gente de las *maabarot* pero no se plantearon integrarla. En una de las idas y venidas de la gente del kibutz a la *maabará*, Jabuba se enamora de un apuesto joven, y el joven (el cantautor y artista Arik Einstein, símbolo del Israel Ashkenazí e ideológico del Movimiento Obrero) parece que se enamora de ella.

Cuando quieren formalizar la relación después de tratativas fatigosas con el padre, Salaj Shabati, toca vencer el escollo más difícil: hablar con la secretaria del kibutz, que representaba –aunque ya fuera de la época- una de esas mujeres tipo que describíamos antes (la contundente actriz Levana Finkelstein).

El diálogo entre Salaj Shabati y la secretaria es para verse y escucharse a la vez.

Salaj exige una alta suma de dinero para “entregar” a Jabuba al kibutz, la secretaria responde airada que esto no es un mercado de esclavos y que esto no es Marruecos y que ella paga por una vaca, no por una mujer, a lo que Salaj responde con su razonamiento que dónde estaba el kibutz cuando él tuvo que criar a Jabuba, procurarle educación, alimentos y cuidarla en sus enfermedades de infancia, y quién llevó a Jabuba a ser lo que es ahora.

Frente a estas razones de peso la secretaria se enoja más todavía y Salaj, pícaro negociante, dice conciliador:

-Pero oígame, señora...

-Yo no soy señora, yo soy un compañero.

-Pues oígame, señora-compañero...

No voy a contar aquí cómo terminó la discusión y la historia, pero el diálogo entre las dos Israel y la forma de captar los roles y género de cada uno aún sigue vigente porque es un diálogo de percepciones e identidades.

b) En los años 70 aún actuaba con plena lucidez y energía la compañera Beba Idelson, que se acercaba ya a los 80 años y era de origen ruso con un inconfundible acento ruso. Había sido una de aquellas heroicas mujeres tipo y participó en todos los avatares del Yshuv en los dramáticos años 1930-1950, hasta fue la amiga y la mentora de Golda Meir con respecto a los severos hábitos del país y las normas del Movimiento Obrero Constructor.

Beba Idelson tuvo más suerte que otras contemporáneas, o más vista, porque sobrevivió y progresó aunque permanecía soltera o divorciada y se hizo activista de la Histadrut, llegando a dirigir en tiempos de Golda la Agrupación *Naamat*, la rama femenina del Movimiento Sindical, pero a Beba la burocracia y los discursos se le daban mal y prefería la acción directa con las militantes de base, todo con su rotunda presencia y su inconfundible acento ruso.

Muchas mujeres de la segunda generación de pobreza venidas de las *maabarot*, casi todas de origen oriental y nordafricano, se habían dado a la prostitución y llenaban algunas calles de Tel Aviv y los barrios cercanos al puerto de Haifa; como decíamos, el país se estaba normalizando con suma rapidez.

El Secretario General de la Histadrut por entonces, el combativo e ideológico dirigente Itzjak Ben Aharón (fallecido hace poco en su kibutz Guivat Jaím a la edad de 97 años) estaba preocupado por la situación, no porque hubiera mujeres que se prostituían por

pobreza, sino porque hubiera compañeras dedicadas a las alegrías del cuerpo (de otros compañeros) y no estuviesen sindicalizadas, ganaran en dinero negro y desconocieran sus derechos laborales. Tal cosa era inadmisibile en la sociedad obrera.

Entonces llamó Ben Aharón a Beba Idelson y le comunicó la gravedad de la situación, supongo que con el mismo tono ideológico y patético con que solían hablar los padres y madres del Movimiento Obrero.

Todo fue decir y hacer, y el “tanque con bandera roja” que era Beba con sus casi 80 años se hizo a la calle para redimir a las compañeras descarriadas que no sabían que eran *poalot* (obreras).

Lo de hacerse con la calle fue literal, aunque no creo que la compañera Beba pasara a mayores, pero su labor esclarecedora tuvo un buen final, pues fue muy bien acogida por sus compañeras de fatigas, además de que ya comenzaba a haber competencia desleal de chicas más jóvenes y guapas llegadas de países del Este de Europa, por lo que las veteranas deseaban sindicalizarse a toda costa.

Lo más interesante fue la entrevista que concedió a la Televisión estatal de Israel meses después contando la última proeza del Movimiento Obrero organizado, fue en un concurrido programa de reportaje a celebridades (el de Yaron London).

El reportaje, que también habría que verse y oírse a la vez, causó la risa de todo el público de mi época durante toda una temporada.

Así dijo Beba Idelson, gloria de la Histadrut:

-“...Durante dos meses anduve por las peores calles de los peores barrios de nuestras grandes ciudades del país, no imaginé que había tanta miseria...”

...Las chicas me trataron muy bien, debo decirlo, en el fondo son como nuestras obreras, yo me sentí como una de ellas, realmente durante dos meses fui una puta (aquí estalló una carcajada general viendo el aspecto y la edad de Beba Idelson). Luego vino la parte más cómica, que para ella fue totalmente natural. Se dio una sonora palmada en el pecho como una vieja matrona rusa, sacudió la cabeza y con los ojos en blanco como frente a un goce superior, dijo: ¡Ay, pero cómo disfruté!-

Lo jocoso del caso es que ésta era una de las últimas mujeres tipo que aún quedaban en el país, y que por una vez lograron aunar devoción con vocación, aunque yo declaro bajo juramento que la cosa no pasó a mayores.

c) Y esta última anécdota, bastante representativa, me tocó vivirla a mí mismo en los breves años en que fui *javer* (miembro) de un kibutz bastante de izquierdas en la Alta Galilea, ya muy cerca de los Altos del Golán y de la frontera con Líbano, por entonces en una de sus tantas guerras civiles.

Por razones obvias no daré el nombre del kibutz ni mencionaré a ninguna de sus gentes, todos honrados trabajadores y campesinos de frontera que creían participar de la construcción de una Eretz Israel socialista y justa igual que lo creía yo. Antes de un año ya habían barrido las urnas electorales Menajem Beguin y el LIKUD.

Mencionaré, sí, el aspecto de las compañeras mayores y mi relación con ellas, porque esto no tiene desperdicio. Es cierto que allí conocí a algunas *mujeres-tipo*.

Corrían mediados de los años 70 (de 1974 a fines de 1976, el tiempo que duró mi pertenencia a ese kibutz), y las *javerot* en cuestión tenían un aspecto severo, sin ninguna concesión a la coquetería, ni siquiera a la amabilidad, y parecía que siempre estaban aleccionando a alguien, incluso a sus propias hijas.

Casi siempre andaban con ropas de trabajo varias tallas mayores que su cuerpo, pues esa ropa se repartía en la comuna y no era por encargo; algunas noches en que había reuniones y conferencias tenían a bien ponerse un vestido camisero de tela floreada y acampanados con botones hasta abajo, y en las noches de Shabat lucían blusas blancas, peinados diferentes y faldas oscuras, sus compañeros se atusaban el bigote y le sacaban brillo a las ametralladoras que indefectiblemente entraban en el comedor. Hasta las bicicletas lucían para el Shabat.

A mí estas compañeras me llenaban de admiración, pues conocía de oídas sus biografías y mis conocimientos me permitían imaginar el resto, todas ellas eran un poco de la historia más gloriosa y sacrificada del Yshuv, me costaba atribuirles cualquier miseria y cualquier mezquindad (¡y las había! De estar allí unos años más, mi Macondo privado estaría en la Alta Galilea). En cambio yo, hombre joven de Jerusalén y aprendiz de historiador, las miserias y mezquindades me las atribuía a mí mismo y a mis hábitos burgueses de gran ciudad, y a vicios heredados de la Universidad y tal vez de la Diáspora.

Así como las admiraba también las temía durante todos los días de la semana que no fuera Shabat. Temía sus juicios, sus miradas inquisitivas, sus habladurías, sus uniformes de trabajo y sus máscaras con las que salían a trabajar en las colmenas de abejas y en la fábrica de miel.

Por la noche después de cenar se reunían en el club social cercano al comedor y fumaban cigarrillos cortos sin filtro que regalaba el kibutz (*Nadiv, El Al*) y hojeaban todos los periódicos, pero cuando aparecía un extraño (yo mismo) se preocupaban de leer toda la prensa partidaria o a hacer punto sin levantar la vista. Aunque sus cigarrillos no eran buenos, a ellas les molestaba el olor del tabaco de mi pipa, simplemente por rechazo al extraño.

Algunas tomaban té con limón y jugaban a las damas o al ajedrez, y otras discutían con voz grave y manos arrugadas las noticias del periódico, y ninguna sonreía. A lo lejos se dejaban oír los cañonazos y bombas que caían en el Líbano y ellas discutían sobre el estado del mundo, la paz con el Mundo Árabe, el futuro de la Unión Soviética y por último el futuro de la región, como si el futuro del mundo pudiera dirimirse en aquel punto perdido de Galilea.

Lo hacían en voz baja, como dictaminando cada cual una sentencia ya escrita de antemano que difería de las otras, a menudo la palma de sus manos les servía de mapamundi y entre sus arrugas discurrían las batallas decisivas.

Yo, aunque las admiraba y las temía, les confería la imagen de una orden de monjas en reuniones nocturnas y cuando estaba triste e irritado lo llamaba *aquelarre*.

Todo esto sucedió durante mi primer año de kibutz, en que yo era sólo un recién venido y un forastero puesto a prueba, pero todo pasa y yo también superé las pruebas y casi llegué a ser como uno de ellos.

Ya había ganado cierto prestigio y estaban contentos con mi trabajo (creo), me saludaban ya por los jardines y los senderos de piedra, pero jamás logré que ninguna de sus hijas (o quizá nietas, por mi edad y la de las madres fundadoras) posara sus ojos en mí. Admití desde el principio que soy *raro* y no acostumbro a decir piropos ni a cortejar a nadie, pero en mi corazón hubiera deseado estabilizarme y que allí transcurriera el resto de mis días.

Pero aquí, y recién ahora lo entiendo, había una barrera más poderosa que todas mis “rarezas”. Era la barrera de la endogamia, que es un mal que afectó desde siempre a las comunidades judías aun en la Diáspora, y por barrios y clases sociales en el moderno Israel.

Esta gente, la del kibutz digo, no estaba hecha para la integración y el mestizaje. No entendieron ni el ascenso de la derecha en su propio país, ni la frialdad y la indiferencia con que los trataban los habitantes de las cercanas ciudades en desarrollo, ni por qué sus mejores hijos abandonaban el kibutz después del Ejército, o por qué se iban en pos de una carrera universitaria o sus nietos se “autorrealizaban” en un *Ashram* de la India o del Tíbet.

Las “madres fundadoras” con sus heroicas historias detrás vampirizaban a sus propios hijos, les sorbían la propia voluntad a través de todos los poros, por ellas los hijos caían en combate incluso en el cercano Líbano y sus hijas podían permanecer solteras antes que mezclar su sangre.

Para ellas el combate fundacional seguía con inusitada crueldad cuando ya se habían ganado casi todas las batallas y ya no tenían la edad ni la lucidez para darse cuenta que ahora ya las estaban perdiendo.

Bien, ésta es mi pequeña meditación o recuerdo que quise compartir con el lector, no está exento de admiración y de venganza, pero más que nada hay tristeza.

Y aquí viene lo mejor de la anécdota:

Ya conocéis someramente el marco donde transcurrieron algunos años de mi vida; en el segundo y último año de kibutz para mí, apareció en la cartelera de anuncios del comedor, paso obligado para todos los *javerim* y *javerot*, el siguiente anuncio: “Se ruega reservar turno para la peluquera, manicura y esteticista de alta cosmética que nos visitarán las tardes de los días miércoles y jueves. *Javerot*, hay que ponerse lindas para el Shabat”.

Eso en sólo dos años. Algo estaba cambiando en el país y en la sociedad que me rodeaba. Aún no sé si para bien o para mal.

Digo que hay muy pocas sociedades que se puedan decir “normales”, pues las pautas de normalidad surgen desde adentro, desde la evolución de sus propios procesos internos formativos y por miles de componendas entre las fuerzas actuantes desde el pasado hasta el presente. Esto muchos lo quieren ver como el *cinismo de la Historia*, pero la Historia también es “cínica”, desde luego no es Historia Sagrada, tal materia no existe. La Historia es fruto de componendas y eclecticismos entre lo que debería ser y lo que hay.

Pensar que una sociedad es más *normal* que otra es suponer que hay una fuerza exterior que tiene los parámetros exactos, luego no tendríamos Historia sino una serie de pecados y de pecadores y alguna gente de recto proceder.

Me inclino a pensar en Dios Padre Creador de todos nosotros; con Él no mantengo relaciones históricas sino de otro tipo y mucho antes de empezar con las labores profesionales, o como se dice ahora “entrar en materia”.

Otro parámetro de *normalidad* podría fijarlo la así llamada *globalización* a la que ya nadie puede escapar (ni siquiera yo que soy un raro, un pesado y un antiguo). La globalización le queda muy lejos a las necesidades y pulsiones de cada sociedad específica, pero en algún momento de nuestras vidas todos recurrimos al invento de Bill Gates y comemos hamburguesas de lo que sea respetando, eso sí, las diferencias horarias.

La globalización no comporta *ética* ninguna (la prueba está en que no se abarataron ni se repartieron los libros de Aristóteles ni de Kant), simplemente porque no implica discernimiento personal, tan sólo hábitos y modas.

Cuando sólo existen hábitos y modas esa marea arrastra al *ser femenino* y al *ser masculino*, o el *ser hombre* y *ser mujer* y los convierte en meros consumidores de artículos de diferencialidad, que por su carácter global y consumista los igualará, las igualará a otros miles (si no, no habría producción ni mercado), hasta borrarlos definitivamente.

Yo, que, ya lo repetí varias veces, soy antiguillo y soy raro, creo que el *Creador de todos nosotros*, que estaba mucho antes que la *globalización*, que el *pensamiento único*, que Bill Gates y las hamburguesas, nos dio una esencia irrepetible y única a cada uno para obligarnos a buscar y a amar la diferencia, para Él poder amarnos en conjunto. Y lo dijo a su manera, cito el Génesis, cap. 1: “Varón y hembra los creó y los bendijo”.

Ariel Schiller Stopek. Residió en Israel donde estudió Ciencias Judías (Historia y Filosofía Judías) en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Desde 1981 vive en España .Es escritor, traductor, investigador y ha dado numerosos cursos y conferencias sobre temas de su especialidad y publicado profusamente. Autor de narraciones sobre Jerusalén y de dos libros sobre poetas hebreos contemporáneos: *Flores de fuego, años de fuego. La poesía de Jaím Guri* (Universidad de Granada 1990), y *Caminante en su tiempo. La poesía de Natán Alterman* (Universidad de Granada 1991). Recientemente las colectivas *El concepto de Pueblo Elegido, e Israel: procesos y perfiles*, edición realizada por La Sra. Varela, el Sr. Espinosa y la Sra P. Valverde, *El Shabat a través de los tiempos: aportación judía a la sacralización del ocio*, y *Sobre judaísmo, educación y derechos humanos*.